

ARBOLES Y HOMENAJES

«**F**UENTES generalmente bien informadas» me contaron esto y lo otro.

Es un tópico literario. Produce cierta impresión cortésana de que la información se la han proporcionado en Aranjuez, La Granja, Versailles: que es donde hay, de verdad, fuentes. Casi una evasión poética para prestigiar las informaciones que generalmente nos proporcionan los porteros, y las oficinistas, de cualquier monumento histórico o artístico.

Visitando la O. N. U. me contaron que al acabar la amplia organización de pasillos, salones, aulas, ofrecidos a todos los países y todos los estamentos habían caído en la cuenta que convendría cerrar la distribución de menesteres, dejando un local moderado ofrecido al silencio y la meditación. Era como considerar todo el rascacielos de cristal que es la O. N. U. como un bosque de premisas, confluyentes en ese último patinillo meditativo «para sacar consecuencias».

Y ¿qué se podrá poner en él para indicar la función especulativa que se le atribuía? No podrá ponerse una capilla católica, o un oratorio protestante, o una mezquita, o una sinagoga, o una pirámide. Al fin, después de darle muchas vueltas y barajar muchas opciones, se decidió plantar un árbol, único, en el centro de ese patinillo, descomprometido incitador del pensamiento puro. A fin de cuentas había variados precedentes: el árbol de Guernica, que produce fuegos; el ciprés de Silos, que produce meditación; el plátano, que engendra diálogos platónicos. Incluso cabía plantar un chaparro o una chumbera que excitase a la humildad.

El prestigio de las calidades vistosas y sonoras es siempre más fácil de excitar que el silencio humilde. Todos conocen cómo ganó Julio César la guerra de las Galias. Pocos se paran a considerar cómo luego administraba su victoria. César organizó un cuerpo de vigilantes que se escurrían por el Senado y por los domicilios de los senadores para cerciorarse de si se cumplía el mandato de que los senadores no visitaran más que túnica y manto de lanilla o algodón... Y todavía más allá. El «triunfo» no es una palabra que apunta a la satisfacción del triunfador. «Apretarse el cinturón» es operación heroica que puede merecer el aplauso. Lo que no está permitido es «ponerse ancho».

El «triunfo» para César no significaba una satisfacción subjetiva. El triunfo era una ceremonia reglamentada. Al triunfador se le concede permiso para entrar en Roma y desfilar por la vía Apia al frente de sus tropas. Hasta hubo algún capitán que tuvo que acampar a las puertas de la ciudad esperando que pasara el invierno y viniera la parte de sus tropas que había quedado por el norte de Europa a unirse a las demás para el desfile triunfal.

Y todavía añadió César prescripciones más sutiles como anticipada medicina de modestia. En la carroza del triunfador, sentado a sus pies, había de ir un esclavo con la misión de irle recordando

a voces durante el desfile todos sus defectos, derrotas o circunstancias negativas. Le gritaba que era feo, patizambo o corto de estatura; e incluso que le olian los sobacos a sudor.

Varias circunstancias ocasionales se me han juntado para incitarme a practicar la humildad cesariana. Como la fachada de mi casa es amplia y da sobre una plaza fue utilizada o escogida durante la campaña electoral por todos los partidos y sus líderes para que sirviera de escaparate o caballete de todos los rabiosos y contradictorios carteles de todos los colores y redacciones. Hasta resulta que porque soy canoso y uso gafas me confundían con el profesor Tierno Galván y no faltaban quienes venían a desearme buena suerte. Ahora toda esa primavera de papel multicolor ha cedido la fachada a unos expertos en arrancar papeles que, con un líquido mágico frotan la fachada de modestia química. Todo lo cual produce como una estampa otoñal de caída de hojas secas y amarillas.

Esta estampa de modesto abandono ejerce cierto deslustramiento y moderación en el dueño de la fachada, pero no tan dueño de sus acciones y pensamientos. Como al salir del invierno se movilizan todos los que esperaban la sazón de rendirme homenajes que tenían preparados, empiezo a estar empachado de fotografías en las que no varía más que el fotógrafo; de modo que yo pediría a los que tienen en el bolsillo sus proyectos, que den por terminado el ejercicio y el loor. Al fin y al cabo ya se ha cumplido el rito del esclavo objetante. Todos los promotores de homenajes y ditiambos empiezan por puntualizar que han pensado en esa exultación por darse la coyuntura en estos días de cumplir yo los ochenta años. Es el lenguaje y tono mismo que usaban los moderadores y reticentes del entusiasmo en el protocolo de Julio César.

Por todo esto pido a todos que obedezcan al César en su decreto de moderación. Que den por terminada la primavera exultatoria, aunque tenga yo que atribuir a cada uno el «broche de oro»: fórmula de la cursilería cuando quiere acabar una competencia literaria, pero propeándose a si mismo más que al receptor de los pipos.

José María PEMAN

De la Real Academia Española

Abra mercados a
sus productos en
todo el mundo
anunciándose en la
Edición Aérea de
ABC

HILDEBRAND: CONCIENCIA Y PERSONA

HE seguido la obra de Dietrich von Hildebrand desde hace cerca de treinta años. Tuve noticias muy directas de la carrera final de su vida. Pausada y serenamente continuó ejerciendo el magisterio iniciado al filo de los años veinte en la Universidad de Munich. La peripecia política alemana y la ulterior resaca bélica le llevaron a Austria, Suiza y Francia; primero, y a los Estados Unidos de América, después, pasando por España, Portugal y Brasil. Había empezado estudiando con Lipps. El autor de la doctrina de la «empatía» —sentirse el observador dentro de lo contemplado, captando así su verdad armónica— dejó su huella en el Hildebrand filósofo. Husserl y Scheler contribuirían a fortalecer su talante fenomenológico.

Pero Hildebrand no quedó en simple fenomenólogo. Hildebrand fue un intelectual auténtico. Por eso no se le puede adscribir a una específica escuela filosófica. Su pensamiento, su vida y su obra se engarzan en la pesquisa de la ética. Convertido en 1914 al catolicismo, su actitud radical es la de la escucha a «la voz del ser».

Hildebrand advirtió muy pronto el riesgo de confundir lo subjetivo con lo personal; el simple registro de sensibilidades e impulsos con la función integradora de la conciencia real. «El proceso de maduración del juicio, el tornarse «adulto» nuestra inteligencia, estriba de manera principal en que lo intencional en nuestra vida interior toma la ventaja sobre lo puramente accidental y asociativo.» El carácter sobre el temperamento, la persona sobre la personalidad. Madurar, llegar a ser adulto, ser persona, es tanto como escapar al mero sentir del «sí mismo», allende la subjetividad que reduce al ser a lo que de inmediato experimenta. «El propio deseo de elaborarlo todo por uno mismo no es más que pura expresión de soberbia y una grande insensatez.» La acción personal por excelencia es siempre respuesta motivada por bienes poseedores de un auténtico valor. Pero esto no es posible sin una conciencia plena, tanto en el sentido del mantenerse despierto como en el de trascender el ámbito de lo inmediato en la dirección del «ser». El ser inconsciente se deja encadenar por la impresión de cada momento. Quien se aferra al «posible bien» de un instante renuncia a la posibilidad de lo duradero. No hay mayor alienación que la del sujeto empeñado en la búsqueda de un incondicional sentimiento de seguridad abocada siempre a la estéril satisfacción del propio yo.

Sólo el cristiano puede poseer la verdadera imagen de lo real absoluto. Sólo el cristiano se encuentra en condiciones de liberarse de lo nebuloso, del claroscuro, de todo aquello que le es dado desde la caligina instintiva o sentimental cuando, sin identificarse con ello, lo sume más allá de un mero ordenamiento conceptual, tan legítimo como insuficiente, en la plenitud de sentido de la vida humana.

José María POVEDA